

Presentación

Las páginas que siguen reúnen un elenco de trabajos que pretenden ahondar en la dimensión ideológica de una parte de la derecha española a lo largo del siglo xx. En concreto, la que corresponde a la evolución experimentada desde el periodo de entreguerras (1918-1939) hasta la transición política de los años setenta, con la consecuente restauración del régimen liberal de partidos.

El nuevo interés de la historiografía por el estudio y análisis del comportamiento e influencia de los movimientos conservadores durante la época contemporánea nos permite contar hoy con los instrumentos adecuados para emprender esta tarea. No es casual que para ello hayamos querido aunar desde el primer instante a destacados especialistas en la materia, como bien prueban sus publicaciones. Las distintas generaciones que se suceden entre los firmantes de este volumen no han supuesto ningún obstáculo para concatenar la estructura de sus nueve capítulos. Más bien al contrario. Las aportaciones de algunos historiadores que han abierto brecha en el panorama historiográfico español, a resultas de los inestimables estudios de otros profesionales que los han precedido, contribuyen no solo a enriquecer esta edición, sino a hilvanarla de tal manera que clarifica su discurso expositivo. Se trata de un encaje de piezas dispuesto por cada uno de sus autores, que, aun discrepando en ciertos puntos, preserva la centralidad del eje argumentativo. El reconocimiento de la pluralidad ideológica de la derecha en España, expresada de múltiples formas y en varios contextos históricos, nos permite cuestionar seriamente cualquier imagen de homogeneidad en este campo, incluso a pesar de convergencias comunes, en especial las que miran a la distinta influencia del componente religioso —católico, en este caso—, generando entre algunos sectores una suerte de teología política inspiradora de los movimientos tradicionalistas frente a las corrientes liberales del pensamiento conservador. En este sentido, nuestro propósito consiste en indagar sobre las respuestas políticas que articularán esos núcleos ante los retos de la cultura moderna. La quiebra que supone el hundimiento del Antiguo Régimen y su particular cosmovisión, implicará un proceso de adaptación o repulsa arraigado en criterios y sensibilidades más o menos vinculados a diversas visiones del orden tradicional de la cristiandad.

La progresiva disolución de la unidad cultural en Occidente a lo largo del siglo XIX suscitará comportamientos divergentes entre quienes procurarán realizar un ejercicio de conciliación, atemperando los nuevos ideales con el legado de la tradición cristiana, y aquellos que se opondrán frontalmente, a modo de baluarte defensivo, encastillándose en sus posiciones contrarrevolucionarias. A esta realidad responde el título de este libro, porque los *conservadores*, por un lado, y los *tradicionalistas*, por otro, representan las dos vertientes que se deslindan al paso de una transformación cultural que sigue repercutiendo en la vida presente.

La renovación de los estudios sobre historia política, iniciada en Francia a partir de los años ochenta con la publicación de la obra *Pour une histoire politique*, dirigida por René Rémond, ha contribuido no solo a focalizar el interés en las ideas y trayectorias de los movimientos políticos, sino también a superar con nuevos instrumentos de análisis las tesis del positivismo y del materialismo aplicadas al método histórico. La convicción de que lo político tiene una consistencia propia, íntimamente unida a la acción consciente de los hombres como protagonistas de la historia, ha permitido un retorno de lo singular con el renacimiento del género biográfico, que, en alguna medida, traslucen varios de nuestros trabajos y que viene desarrollándose en España desde hace ya dos décadas, con trabajos punteros en el campo de la historia contemporánea.

La preferencia por los fenómenos ideológicos y de las mentalidades, tanto a nivel de las minorías dirigentes como de las estructuras de grupos o partidos, acompañados por el auxilio de las ciencias políticas, nos permite dilucidar una explicación de los acontecimientos más centrada en el ámbito del universo cultural que en exclusivos factores de índole económica. Sin infravalorar este último extremo, parece evidente la exigencia de un criterio multidisciplinar para las ciencias humanas y sociales a modo de síntesis integradora, que amplíe las perspectivas de análisis para lograr una mayor profundización sobre el objeto de estudio. De este modo, podrán evitarse con mayor facilidad lecturas parciales o simplistas que incurran en error a la hora de explicar la complejidad de estos aspectos.

Para el caso que nos ocupa, y con el fin de centrar la explicación que sigue a los sucesivos capítulos de esta obra, debemos distinguir entre conservadores y tradicionalistas, aunque existan confluencias innegables relacionadas con el respeto a las costumbres e instituciones transmitidas por las generaciones pretéritas. En su mayor parte, esta tradición —o transmisión— no contravendría la mejora creativa de este orden en cada tiempo histórico, pero preservaría en todo momento su sustancia, siempre continuada y ajena a cualquier proceso de ruptura. En este sentido, la tradición representaría una riqueza y no una rémora que prejuzgaría negativamente el progreso humano, a tenor de las formulaciones individualistas

del antropocentrismo moderno. El hecho de que el fenómeno de la Ilustración albergara en su seno a los intelectuales que habrían de armar las ideas matrices del pensamiento liberal, no quiere decir que en la práctica se asentara una uniformidad de acción entre las minorías dirigentes, a juicio de las interpretaciones filosóficas realizadas a posteriori. La revalorización de la libertad humana, con todas sus implicaciones, pudo concebirse por parte de ciertos grupos conservadores desde una premisa optimista en las potencialidades del hombre, dentro de su capacidad creativa en la construcción de la historia, sin por ello renunciar a lo que se creía permanente de las etapas anteriores, procediendo si acaso a su reforma por medio de un ejercicio de armonización. Cuestión que podría resultar común en varios subgrupos que anidarían en el frondoso ramaje de la tendencia liberal y tradicionalista del conservadurismo, cuyas diferencias deben extrapolarse a las conclusiones inherentes a una cosmovisión determinada. La que reconocería a todas las ideologías en igualdad de condiciones sobre la base del pluralismo político y social, y la que, por su parte, limitaría la pluralidad dentro de los cauces admisibles del esencialismo católico como factor constitutivo de la unidad e identidad nacional, cuyos principios informarían el ordenamiento jurídico. Ciertamente, dos posiciones cuyo conservadurismo constituiría su común denominador, diferenciadas por un numerador distinto que determinaría su categoría ideológica, marcando la continuidad y diversidad de una amplia tradición política, como ya apuntara Rémond para el caso francés. Que aquí utilicemos el término *conservador* para referirnos más expresamente a los integrantes procedentes de la cultura ilustrada resulta de una exigencia práctica, para no confundirlos con los grupos liberales *stricto sensu*, generalmente identificados con las corrientes progresistas del pensamiento liberal.

De acuerdo con el repaso histórico que venimos exponiendo en estas páginas, parece clara la evolución de esa tendencia liberal hacia los postulados tradicionalistas a medida que fue enervándose la vida política española, en correlación con la crisis de las democracias europeas al término de la primera guerra mundial. Todo apunta a una respuesta reactiva frente a lo que aquellos grupos percibían como una creciente amenaza de la revolución marxista y que, en nuestro caso, culminaría con el enfrentamiento civil de 1936. La victoria de la coalición acaudillada por Francisco Franco inauguraría lo que González Cuevas calificó como la «edad de oro» para una parte de la derecha española; aquella que había asumido planteamientos autoritarios, bien por conveniencia o por convicción, que, en este último supuesto, uniría a la identidad de su propia contextura ideológica. El triunfo de los planteamientos tradicionalistas entre preeminentes grupos conservadores en los años centrales del siglo xx no implicó por lo general una voluntad de permanencia, más bien un viaje de ida y vuelta condicionado por el

contexto histórico. Es decir, si desde 1913 se aprecia una larga marcha hacia comportamientos y actitudes autoritarias entre sectores que, hasta la fecha, se habían ceñido a los moldes y categorías liberales, como es el caso del movimiento maurista —analizado en esta obra por Cristóbal Robles—, a partir de 1956 empieza a producirse un tímido repunte del liberalismo, acelerado en razón de las profundas transformaciones socioeconómicas y culturales de la década siguiente. Una variación que también se manifestaría en el ámbito tradicionalista, a tenor de su particular pluralidad, con el predominio del integrismo y la estrategia defensiva en los periodos de mayor agresividad contra los principios católicos que decían defender —en especial durante los dos periodos republicanos—, y de proyección o aperturismo renovador en las etapas en las que aquellos principios fundamentales parecían más asegurados. Bien lo plantea Antonio Manuel Moral Roncal en su trabajo sobre las «Permanencias y transformaciones en el carlismo», a la que acompañan los estudios de Francisco Sevillano Calero sobre el pensamiento nacional-católico de Fernando Martín-Sánchez Juliá, presidente de la Asociación Católica de Propagandistas entre 1937 y 1953, y el mío propio, centrado en la figura de Florentino Pérez Embid. Tres capítulos que abundan en las distintas ópticas del legitimismo y de otros grupos o personalidades que, sin pertenecer a esa línea, estuvieron relacionados con el universo cultural tradicionalista. Estamos hablando, en definitiva, de unos epígrafes que estructuran este volumen a modo de bisagra entre el primer y último bloque de contenidos, que constatan ese ritmo de desencanche y luego de recuperación de las pautas liberales. De ahí que los episodios iniciales nos introduzcan en el análisis de las diferencias ideológicas entre el pensamiento de Antonio Maura y el movimiento político que adoptaría su nombre, mucho más encaminado hacia una solución de autoridad que acabarían representando otros líderes como José Calvo Sotelo, cuya trayectoria refiere el estudio de Miguel Anxo Bastos, al incluirlo en la categoría de una derecha inmersa en la cultura de la modernidad en lo que atiende a concepciones, técnicas y prácticas de gobierno.

El capítulo sobre la CEDA elaborado por Manuel Álvarez Tardío demuestra el compromiso posibilista del primer partido católico de masas en la historia de España, además de desvelar el discurso infundado de cierta historiografía acerca de las intenciones últimas de la política de Gil Robles en relación con los destinos de la Segunda República. En este sentido, queda probado el propósito reformista de una organización especialmente sensible a los artículos relativos a la cuestión religiosa y a otros calificados de «socializantes» en la Constitución de 1931, pero sin recurrir a soluciones golpistas que precipitaran un cambio violento de régimen. Solo el clima prerrevolucionario, generado a partir de las elecciones de febrero de 1936, con el consiguiente estallido de la guerra, orillaría cualquier vía posibilista

en beneficio de un proyecto de Estado que, como afirmó María Guadalupe Murillo en un estudio sobre Calvo Sotelo y más recientemente recordaría Alfonso Bullón de Mendoza en su biografía sobre el personaje, habría de fundarse no ya en un parlamentarismo conservador, ni tan siquiera en un nacional-sindicalismo popular, sino en una movilización integrada por todos los recursos de la derecha contrarrevolucionaria en el marco de un Estado autoritario fuerte. Una premisa que exigía la articulación de un modelo corporativo que sustituyera el sistema de partidos políticos, en línea con la cosmovisión tradicionalista de la sociedad, entendida como un cuerpo orgánicamente constituido por entidades naturales intermedias que integrarían el conjunto de la nación, frente al concepto individualista que agruparía a los hombres por el ejercicio de su exclusiva voluntad.

A pesar del protagonismo que en cada circunstancia desempeñaron los sectores integrantes de la coalición del Movimiento Nacional en los Gobiernos de Franco, desde los estudios de Raúl Morodo hasta los de Pedro Carlos González Cuevas, Javier Tusell, Julio Gil Pechorromán, Gonzalo Redondo o Ismael Saz —por no citar otros muchos—, queda sentada la idea de que se impuso el programa institucionalizador que habían abanderado los miembros de la revista *Acción Española* durante la Segunda República, continuado por el grupo *Arbor* en su brega intelectual en la primera época del franquismo, hasta lograr su plasmación política en los gabinetes que se sucedieron entre 1957 y 1973. Un punto que revela el peso de esa corriente teológico-política vinculada a una concepción católico-esencialista en la interpretación de la historia de España, sistematizada en los estudios de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), convertido en hito y fuente de inspiración de varias generaciones animadas a construir el orden temporal en virtud de aquellos principios. De ahí la valoración del Estado confesional católico como instrumento óptimo para restaurar la unidad de creencia y de ideal entre la sociedad, seriamente dañada —según este criterio— por la sacudida que habría supuesto la intromisión en España de la cultura liberal.

Esta legitimación religiosa en la organización de la sociedad y del Estado, propia del tradicionalismo en sus distintas variantes, pronto exigiría otra de ejercicio, basada en la funcionalidad y eficacia de las administraciones públicas con el fomento del crecimiento económico y la consecuente mejora del nivel de vida. Aspecto que, a decir de José Luis Orella, representaría la última crisálida de la derecha en España, cuidada en el follaje intelectual de varios pensadores entre los que descollaría Gonzalo Fernández de la Mora, al promover un conservadurismo operativo sobre criterios verificables de base empírica proyectados en el desarrollo y perfeccionamiento técnico, como advierte Pedro Carlos González Cuevas en el capítulo octavo y que explicaría, en buena medida, la influencia de José Ortega y Gasset en el autor de *El crepúsculo de las ideologías*.

Aunque la revalorización del pensamiento democrático-liberal acabara imponiéndose entre la mayoría de los grupos de la derecha del arco franquista, dicho proceso no estuvo exento de tensiones. El litigio entre falangistas y los tradicionalistas de la tecnocracia, del que se ocupa Álvaro de Diego, se caracterizaría por su discrepancia ante la institucionalización del régimen, que, una vez consumada en perjuicio de los intereses falangistas, les decantaría hacia un intento premeditado por controlar la transición futura una vez instaurada la Monarquía. La tendencia al inmovilismo de Luis Carrero Blanco, ante el ritmo cambiante de una sociedad en ebullición, favorecería la adopción de un aperturismo democratizador entre las nuevas generaciones del falangismo, recogiendo el testigo conciliador y la actitud comprensiva de sus principales intelectuales respecto a la cultura liberal, como queda dicho en el séptimo epígrafe.

Todas estas consideraciones apuntan a la realidad de una doble tipología conservadora, a saber: la reticente a los cambios en el orden establecido y controlado por sus minorías rectoras, por un lado, y la que se adelantaría a las transformaciones, con el recurso a una política reformista y en previsión de las demandas sociales, asegurándose la gestión del proceso sin alterar la sustancia de aquel orden. De ahí se sucederían las actitudes estáticas o inmovilistas frente a las aperturistas que, en último término, centrarían la vida política del tardofranquismo hasta la reasunción de las principales directrices de la filosofía liberal.

Pienso que en este volumen el lector encontrará esta interrelación ideológica en el comportamiento de la derecha española, y que le ayudará a comprender mejor las líneas de un pensamiento plural y ecléctico que sigue prolongándose hasta nuestros días.

ANTONIO CAÑELLAS MAS